



Estado democrático.

Adrián Sánchez García

-México-



Esta obra está bajo una [Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial 4.0 Internacional](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/).

Ramón pegó fuga, diría Martín, a quién dejó de ver hacía más de cinco minutos cuando el primer disparo al aire (o quizás no tanto al aire) estalló. En cuanto aquel polvo amarillento fue lanzado a los manifestantes, y este se impregnó en los ojos de Ramón, supo que estaba perdido. Corrió, sí, pero sin saber el rumbo. Perdió la mano de Rosalba, ya no la sentía, pero escuchaba débilmente sus alaridos: “¡suéltenme, putos cerdos!”, después sus gritos de dolor, después nada. Ramón estaba asustado como nunca, preocupado, y emputado; pero no podía hacer mucho.

El polvo enchiloso se había adherido a sus ojos cuál pegamento. Ardía con tanta intensidad como la patrulla municipal junto al Palacio de Justicia. Dio un par de tumbos antes de detenerse a tallarse los ojos otra vez. No escuchaba a Rosalba, su voz se había perdido entre las olas de gritos, insultos, golpes, alaridos y pisotones. Estaba completamente perdido. Sus ojos no dejaban de llorar, aunque sin gran efecto, el polvo se rehusaba a desprenderse. Moqueaba, lloraba y suplicaba.

Dio un paso más antes de sentir un golpe impetuoso en los riñones, el dolor le recorrió el cuerpo como carga eléctrica y le hizo temblar las extremidades. Cayó directo al suelo no sin antes gritar de agonía. Había sentido un metal duro y frío, de forma cilíndrica. Sería una macana. Después sintió un golpe más en la espina dorsal. Dolor incomparable. Dos pares de manos rodearon sus brazos en un esfuerzo por levantarlo, lográndolo a medias. Ramón había perdido fuerzas, no veía, no escuchaba con claridad, estaba mareado y había recibido tremendos golpes en la espalda que casi no podía respirar por los jadeos de dolor.

Un golpe más, con menor impacto y dureza le estalló en el estómago. Instintivamente vomitó el lonche que su madre le había preparado antes de salir de casa, y la cerveza que se tomó antes de llegar a la



manifestación; mezclada también había sangre, el asqueroso sabor a sangre le había enjuagado la boca y había pintados sus dientes. No podía verlos, pero sí saborearlos. “Órale, pinche vándalo hijo de tu reputa madre, muy chingón ¿no?”. Otro puñetazo en el estómago. Ahora su boca también sabía a bilis. Quiso entreabrir el ojo izquierdo, pero el ardor insoportable lo obligó a cerrarlo otra vez. Dos personas lo llevaban casi cargando, uno en cada lado. Sus pies no se movían, iban arrastrándose sobre el pavimento.

El bullicio de la trifulca se escuchaba cada vez más lejos, seguramente seguían en la persecución de los civiles. Ramón solo escuchaba radios, algunos golpes y gritos de personas suplicantes, voces jóvenes, sobre todo. Los hombres que lo llevaban a rastras se detuvieron y lo lanzaron al suelo, su mejilla izquierda se estrelló en el pavimento, este le raspó y le produjo un nuevo sangramiento. Unas cuantas patadas más en las costillas, riñones, espalda, pecho. Dos puñetazos en el mentón, y un macanazo en los huevos. Una marcha fue suficiente para identificar el dolor característico de la macana. No podía respirar ni siquiera para llorar. Se nublaba más la mente y los sonidos se alejaban cada vez más. El ardor en los ojos seguía siendo intenso, pero no tenía comparación con el resto de los golpes.

“Ve nomás, puro pendejo y maricón... ¿subimos a estos cuatro allá atrás? Y que el Panochas se vaya ahí con ellos, igual ya no la van a hacer mucho de pedo, ira nomás cómo quedaron”. No escuchó más que balbuceos como respuesta. Lo levantaron como si fuera un costal de basura y lo lanzaron sobre la caja de la patrulla. Para entonces Ramón había perdido la conciencia.

Los agentes estatales terminaron de subir los cuerpos moribundos de los arrestados y se prepararon para irse de ahí. Otro grupo más de municipales interceptó a los que habían huido. Un total de treinta y siete detenidos, dos de ellos no llegaron con vida a la procuraduría. Entre los arrestados estaba casi todo el grupo de Ramón, era el riesgo de caminar hasta adelante: el Juancho, el Negro, Rosalba y Javier; Miguel y Guillermo lograron escapar; Martín fue uno de los que perdió la vida. Un policía lo tacleó cuando comenzó a huir después de la detonación, fue el primero que agarraron, quizás por ello el más afectado. El rencor y el coraje de siete policías se desataron a macanazos sobre él. Los golpes le desfiguraron la cara y le abrieron el cráneo. Su abuela se verá obligada a pedirlo en caja cerrada, suponiendo que le entreguen el cadáver.

Un increíble campo de batalla se extendía por las calles. El genuino centro histórico erigido sobre las cenizas de cientos de miles de ciudadanos inocentes. Pintado con sangre. Barnizado con lágrimas.